La sonrisa en el bolsillo

LA SONRISA EN EL BOLSILLO

PINCELADAS DE LA MEJOR GUASA SEVILLANA

MANOLO MELADO

SAMARCANDA

La sonrisa en el bolsillo
Pinceladas de la mejor guasa sevillana

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2019, respecto a la primera edición en español, por:

© Manolo Melado
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417672133
ISBN e-book: 9788417672645

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Prólogo

Un genio pegado a una risa

Cuando recibí la llamada de Manuel Melado pidiéndome que prologase su presente obra *La sonrisa en el bolsillo*, lo primero que pensé fue que debía haber tenido un bajón en los índices de glucemia la noche anterior, o bien que una sorpresiva hipertensión le provocaba de alguna manera perder el sentido de la realidad. Lo digo porque es público y notorio la especialidad de cada uno de los que componemos la tertulia semanal, donde nombres como Ángel Vela, Ángel Bautista o el recién extinto amigo Manolo Garrido, con toda seguridad el presente prólogo habría disfrutado de más auténtica veracidad, ya que mi camino siempre transcurrió a través de la poesía, la historia y la novela, por lo que pensé que no era yo la persona más indicada para hablar de los ocurrentes y espontáneos personajes que componen éste libro. No obstante, y porque como asegura el dicho «huir es de cobar-

des», me atrevo a escribir estas palabras esperando que Manolo no me lance ese escueto ¡Ayyyyy! profundo y sorpresivo como si fuera a arrancarse a cantar, y no de pena y dolor por lo que he escrito.

La sonrisa en el bolsillo no es un libro cualquiera sino El Libro. Es la obra que ha sido capaz de aglutinar la historia personal de su autor, con la jocosidad, espontaneidad y simpatía de sus personajes, —todos de sobras conocidos—, a la vez que aderezado con la gracia del habla popular andaluza, y más concretamente sevillana.

Sabido es que Manolo es el mejor amante que pueda tener una buena mesa, y es por eso por lo que le queremos: no dejamos de recomendarle que deje la sufrida Vespa, que ya se ganó la jubilación con creces, e imite la acelerada y gloriosa marcha de la Legión, que también le sale bordada. Y es que, en la anatomía de Manuel Melado se encierran como tres personalidades en una misma despensa: el Manolo autor de sevillanas, el Manolo escritor y poeta, y el Manolo alegre y dicharachero capaz de reírse de su propia sombra. Es esta última personalidad la que hizo nacer *La sonrisa en el bolsillo*, donde se aprecia claramente su capacidad de subvertir lo trascendente en hilaridad y la tristeza en chascarrillo.

Como ejemplo de lo antedicho, no puedo resistirme a contar una anécdota vivida hace pocas semanas y que, como no podía ser de otra forma, todo terminó en las risas correspondientes.

Un domingo apareció en nuestra tertulia con un par de moratones en la cara, lo que naturalmente suscitó las correspondientes preguntas al respecto por parte de todos los presentes. Así que Manolo se dispuso a relatar:

—¡Pues nada! —dijo—. Que me fui de compras al mercado y al volver con las dos manos llenas de bolsas, tropecé con uno de esos bolardos bajitos que pone el Ayuntamiento y me fui de bruces.

(Se refería a esos bolardos en forma de U invertida que parecen estar colocados para disminuir el número de pensionistas).

—¡Pues sí que has tenido suerte! —le contesté yo—. Pudiste haberte destrozado la cara.

—¡Suerte! ¿Qué si he tenido suerte? —me contestó él—. Como que si no llega a ser por la barriga que actuó de *airbag*, me tengo sacar otra fotografía para cambiarla en el carné de identidad.

Lo dicho, en Manolo Melado las ocurrencias no cesan en su mente y las risas constan como garantizadas; por ello en este libro, sacado de sus vivencias junto a personajes que siempre le fueron a la zaga, se puede asegurar un buen rato de divertimento y más de una sonrisa en la cara.

Antonio Casas Rivera

Introducción

Me he decidido a escribir este libro con el único deseo de que los personajes que en el mismo aparecen, por haber sido junto a ellos protagonista de las anécdotas que en el mismo relato, he considerado de justicia que se dieran a conocer y que no quedaran injustamente en el olvido.

Y está escrito sobre la marcha, de forma espontánea, natural, sin hojarascas, ciñéndome exactamente a esa forma coloquial tal como lo escuché en boca de sus personajes. Así que lo que usted va a leer no es que esté mal escrito o corregido, sino que es respetuoso con la literalidad de la forma de hablar de los protagonistas.

He querido, por tanto, a la hora de ponerme a escribirlo, que surgiera con toda la frescura y la gracia de tanto ingenio no valorado en su justa medida, y qué menos que esa gracia espontánea no se pierda y quede como un sencillo homenaje para la posteridad.

A veces no le damos importancia a la riqueza que tenemos. No analizamos, porque no somos consciente de su grandeza, una inteligencia que queda desaprovechada por nuestra abulia y a veces hasta por nuestra pereza (entre ellos me incluyo).

Por tanto, he creído que era una labor de conciencia hacia estos amigos con los que en determinados momentos he gozado de su compañía, evocarlos y presentarlos con el cariño que nos hemos profesado.

Pepe Peregil, el maestro Oliva, El Pali, Paco Gandía, Enrique «El Cojo», «La Esmeralda», Manolo Garrido y tantos otros que de seguro os alegrarán despertando ese sentimiento de afinidad y simpatía, el mismo que me proporcionaron con su afecto y amistad en vida.

Asímismo, incluyo algunas anécdotas emotivas que merecen ser reseñadas, salpicadas con algún que otro chiste que no tiene otro objeto que el de seguir enriqueciendo estas historias que ya pertenecen al acervo popular.

Existen otros grandes humoristas en nuestra ciudad que no están incluidos en este sencillo homenaje, no porque no tengan la suficiente entidad o categoría para ilustrar esta pequeña obra, sino porque siendo buenos y reconocidos artistas a los que he admirado y admiro, no se ha producido en esas reuniones de copas, esa chispa que provoque la hilaridad porque el tema de conversación ha derivado por otros cauces ajenos al humor.

Pero queda, sin lugar a la más mínima duda, el reconocimiento y valoración a esos grandes profesionales dentro del campo del humor, que son reconocidos a nivel nacional como los que cito a continuación. ¿Quién no se ha partido de risa con esas sevillanas de los «Cuatro Detectives» y esas hilarantes parodias de Pepe da Rosa? Evocar también los éxitos literarios narrados por Josele, las celebradas intervenciones en las distintas televisiones de Paco Aguilar, la gracia popular sevillana de Los Morancos y el arte genuino de «Garbanzo» o de Jesús Cañete. Sin olvidarme de un excelente monologuista, inspirado creador dentro del campo del humor, con una gran cultura, inteligencia, y sobrado de ingenio,

que es Manu Sánchez. Hacia todos estos grandes artistas, mi homenaje de amistad y reconocimiento.

ALGO DE MI VIDA

Nací un tres de Septiembre 1940 a las ocho de la mañana (según mi madre que estaba allí). El hecho tuvo lugar en la calle Macasta número 22 (Hoy 52-A) en pleno barrio de San Julián.

A partir de los ocho años es cuando empiezo a rememorar con algo de lucidez, con el inconveniente de haber nacido en un tiempo tan crítico como fue la posguerra. Quizás por ello, debido a la escasez de lo más básico y fundamental para la supervivencia como es la comida, el instinto de conservación se despertará en mí subconsciente, ya que si quería desenvolverme con algo de astucia en esta vida, dependía de lo que en sí llegara a espabilarme; esto fue quizás lo que hizo que tomara plena conciencia de mi situación en aquellos momentos tan delicados.

Fui un niño muy espabilado, pero sin llegar a la poca vergüenza; era inquieto y creativo. Mi madre me metió en una academia de baile que había en la misma calle. La profesora se llamaba Anita, de la que con el tiempo me enteré que era la madre de Manolo y Rafael Marinelli (el primero ya fallecido), grandes músicos componentes del grupo *Alameda*.

Mi madre me compró un traje de flamenco que confeccionó un gran artesano de la sastrería que vivía en la calle Morera, junto a la fábrica de seda. He de decir, y no porque yo esté delante, que bailaba bastante bien y con algo de gracia; por lo menos así lo intuía mi madre viendo las distintas reacciones de las vecinas cada vez que me pedían que bailara una sevillana. Ya por entonces tenía mi pareja artística, se llamaba Vicenta y vivía en el Corinto; más tarde tuve otra pareja, Matilde, y con ella participé en el espectá-

culo « Galas Juveniles» que por entonces dirigía un señor que se llamaba, creo recordar, Cipriano Gómez Lázaro, y que solía pagar veinticinco pesetas a los artistas que intervenían.

Recuerdo, con cierta frustración, que después de nuestra primera actuación, muy aplaudida por el público, me pasé por su despacho para cobrar y me dijo que la primera actuación era gratis. Desconcertado, le hice saber la reacción que había tenido el público al término de nuestra intervención y ni por esa se ablandó; salí indignado y ya no volví más por allí. Por cierto, el baile que interpretamos fue «El Antequerano.»

Más tarde mi madre, imaginando la pobre que dentro del baile estaba mi futuro, me apuntó en la academia de los hermano Otero, en la calle San Vicente, y luego pasaría a la del maestro «Realito» y, gracias a él, actuaba ya en solitario los fines de semanas en el patio del Hotel Madrid, que se encontraba en la esquina de la Plaza de la Magdalena, donde se ubica en la actualidad El Corte Inglés. Con ello se libraba mi madre de pagar las veinticinco pesetas semanales de la academia en compensación por mi actuación en el hotel.

Frente a la calle Morera había un descampado donde estaba el taller de «Nosete» y un corralón, donde, nada más entrar a mano izquierda, estaba una pequeña cantina cuyo propietario se conocía por el apodo de «El Coco». Enfrente de este corralón, un hombre al pie de la muralla y sentado, elaboraba artesanalmente caballos de cartón, utilizando un molde de yeso al que aplicaba una especie de engrudo o pegamento. Con hojas de periódicos las incrustaba en el molde y, una vez secado al sol, los pintaba y lo dejaba listo para el trote.

Este humilde artesano fabricaba, también durante la Cuaresma, bastones de madera que pintaba y punteaba con una navaja que hacía las delicias de los chiquillos, ya que de forma puntual

cada Semana Santa no había un pequeño que no llevara orgulloso su bastón, cumpliendo así una especie de tradición juvenil.

Evoco un Domingo de Ramos en la plaza de San Julián, interpretando la Banda Municipal de Sevilla un variado repertorio de marchas procesionales sobre las doce del mediodía: todos los pequeños y mayores, absortos y embobados, aplaudíamos cada intervención de los profesores presintiendo, ya de antemano, el inicio de la Semana Santa que viviríamos de forma intensa y apasionada.

En la plaza de San Julián se hallaban ubicados distintos comercios que paso a comentar: la panadería de María; la tienda de comestibles «La flor de Extremadura», de los hermanos Julián y Jerónimo Gómez Pando; la quincalla de Manolín Mañas, luchador de »lucha libre»; la droguería de Manué, una calentería en el número cinco que regentaba, según decían, una familia del torero Manolo González; el colegio de San Cayetano y, más a la derecha, la frutería de Rosalía en la esquina con la calle Duque Cornejo. En la misma plaza se ubicaban la lechería de Bernardo, la barbería de mi padre, una carbonería y, justo al lado, la droguería de Ana, que luego pasaría a manos de Ernesto Tovaruela Pedrosa. Rafael Carrión, que trabajaba en la ISA, alquilaba las bicicletas a una «perra gorda» (diez céntimos) cada vuelta por la plaza. El quiosco de chucherías de Coral también se hallaba dentro de la plaza, además del obrador de confitería de Parrilla.

Hice la comunión a los ocho años con el mismo traje que usaron mis hermanos; la ceremonia religiosa tuvo lugar en la iglesia de San Julián. La celebración, al término de la misma, no fue nada ostentosa: un plato de arroz con leche que, nada más terminar la función en la iglesia y salir precipitadamente hacia mi casa, devoré con ansias para regresar nuevamente a ella, donde se encontraba mi madre con mis hermanos.

Del colegio San Cayetano pasé al de San Luis, conocido como La Salle, también como el de los hermanos de las Escuelas Cristia-

nas. Recuerdo que en la misa que celebraban los domingos en la capilla del colegio, más de una vez mi profesor don Fernando me mandó salir fuera porque, ausente del acto religioso que se estaba celebrando, me ponía a zapatear.

Apenas con nueve años cogí las calenturas tifoideas, y siendo un admirador del «Capitán Maravillas», película que en tres jornadas se proyectaba por aquellos años en los cines de verano, me entraron unas ganas irresistibles de volar. Tuve la desgracia de que en mi casa llamaran a los varilleros, porque la fosa común estaba hasta arriba de las inmundicias de los «cagoncetes» de los vecinos, y la taparon con unas tablas muy débiles; y a mí, que bajaba las escaleras, no se me ocurrió otra cosa que imitar a mi personaje de ficción admirado, así que, pronunciando la palabra mágica con la que le salía una capa y echaba a volar, declamé la frase clave: «Chazán». Pero no se me abrió capa alguna, y me lancé a los aires; el vuelo, como era de esperar, fue muy cortito y caí llevándome las tablas por delante sumergiéndome en la espesura nauseabunda hasta las misma cejas... Y es lo que me produjo la infección que, gracias a un doctor extranjero llamado Fleming, inventor de la penicilina, superé y puedo hoy escribir esta mini biografía testamentaria. A este investigador insigne lo pusieron en estatua delante del Hospital de las Cinco Llagas, hoy Parlamento Andaluz; un busto que más bien parecía un sello de correos.

Ya con diecisiete o dieciocho años me dio por participar en el programa de Radio Sevilla que se emitía todas las mañanas con el título de «Conozca usted a sus vecinos», patrocinado por Almacenes Puente y Pellón y Galerías San Sebastián. Este programa lo presentaba un gran locutor, fenómeno de la comunicación, llamado Rafael Santisteban, con las locutoras Inma Codina y Conchita Núñez en el estudio, con el maestro Navarro al piano y, al teléfono, mi menda cantando «El Huerfanito» desde la droguería

de Ernesto Tovaruela. Me eligieron y acudí al estudio a cantar en directo; el premio: veinte duros (cien pesetas) y un corte de camisa.

Intervine varias veces con el nombre cambiado, en todas ellas me eligieron, proporcionándole al señor Santisteban un gran cabreo al ver lo reiterativo de mi presencia, y llegué a acumular tantas camisas que mi madre, cada vez que me tenía que cambiar, me decía: «Manolo, ¿qué camisa te vas a poner?». Y yo le contestaba: «El Huerfanito», o bien «Maruzella», y ella sabía perfectamente la camisa con la que yo iba a salir. El corte de camisa se lo llevaba mi madre a una señora que vivía en la calle Parras, que le cobraba cuarenta pesetas por la confección.

Me eligieron para la final, en una gran gala que se celebraba en el teatro San Fernando. Mi actuación fue tan celebrada que tuve que repetir hasta cuatro veces. Y no es que yo fuera un prodigio cantando, era una serie de pequeñas cosas que se identificaban con el público, alegría, el ritmo y, probablemente, una simpatía que propiciaba ganarme al respetable rápidamente.

Una anécdota a destacar y que tuvo una gran repercusión por aquella época fue la visita a Sevilla por aquellos tiempos de un jeque árabe que se alojó en el hotel Alfonso XIII. Allí fueron las autoridades militares y municipales a cumplimentarlo y, al salir por la mañana a las puertas del hotel, en la explanada, unos pocos de estudiantes empezaron a cantarle al jeque la sintonía del programa radiofónico «Conozca usted a sus vecinos». El jeque se puso firme y las autoridades aguantando el tirón hicieron lo mismo y, nada más terminar la interpretación, los chavales salieron corriendo para evitar que «los grises» (Policía Armada) pudieran enfadarse por tan simpática y desvergonzada osadía.

Tuvo tanta repercusión el programa «Conozca usted a sus vecinos» que Rafael Santisteban, junto con Pepe da Rosa como primera figura, montaron un espectáculo con los concursantes que habíamos llegado a la final. Pueblo que visitábamos, lleno

absoluto, pero fue precisamente en Osuna, al término de mi actuación, donde recibí un toque disimulado en mis partes más sensibles, por lo que regresé precipitadamente a Sevilla sin despedirme de la compañía.

Con diecinueve años gané el primer campeonato provincial de destreza en el oficio de peluquero de caballeros; más tarde volví a ganar el segundo y marché a Madrid representando al colectivo de mi ciudad, quedando campeón de España en «peinado artístico masculino». Luego me nombraron componente del Equipo Nacional, participando en el Campeonato Internacional «Quijote de Oro», donde concursaron representantes de más de treinta y cinco países, quedando clasificado entre los diez primeros profesionales.

He colaborado en todas las emisoras sevillanas, excepto en Cope. Miembro de la S.G.A.E., con más de trescientos títulos registrados, algunos alcanzaron la popularidad en más de veinte países, títulos como «A bailar a bailar», «Mírala cara a Cara», «Que no nos falte de ná», «Quiero cruzar la bahía», etcétera... Por otra parte, he publicado veinte libros y mi nombre aparece en la Enciclopedia de Andalucía y en el «Quién es Quién» de la literatura española, así como en distintas antologías de poesía andaluza.

Colaboré en los comienzos de Antena 3 TV y en la primera cadena de Televisión Española, realizando una colaboración, junto con Josele, donde aparecíamos en un mini programa titulado «El barbero de Sevilla».

Tengo cinco hijos maravillosos y siete nietos para comérselos.

Durante diecisiete años he desempeñado mi labor como animador (no me gusta la palabra *speaker*) en el estadio del Real Betis Balompié, dedicándole a cada jugador un adjetivo rimado que tuvo su repercusión a nivel nacional por su planteamiento tan original como novedoso. Y soy el prologuista del primer libro sobre el actual capitán bético. *Joaquín. La finta y el esprint*, cuyo apodo yo inventé.

La Esmeralda

Lucía una espléndida mañana y me hallaba en la puerta de mi peluquería cuando miro hacia mi izquierda y veo que se aproxima Alfonso, conocido popularmente a nivel artístico en nuestra ciudad como «La Esmeralda». Se para ante mi puerta, lo saludo, le pregunto adónde va y él me contesta: *No voy, vengo*. Y le vuelvo a preguntar... ¿Y de dónde vienes?, y me dice: *De sacarme sangre*. Y yo insisto buscando su gracia: ¿Y te han encontrado la vena? Entonces pega un grito y salta sin pensarlo: *Nada más me vieron de lejos me dijeron: Entra, maricón. Y me sacaron la sangre con un «serpentín»*.

El yeso

Hace un par de años prometí a mi mujer pegarnos unas vacaciones en Lisboa. Reservé el hotel en el mismo centro de la capital, pero quiso la mala suerte que, viviendo en un dúplex, mi mujer bajando la escalera se resbalara y rompiera la muñeca. Suspendimos el viaje con la fatalidad y el inconveniente de tener que aguantar todo un mes con el brazo enyesado.

Llegó por fin ese día ansiado por ella para que le quitaran el yeso, y en la consulta del eminente traumatólogo, doctor Acosta (policlínico de la Macarena), procedió a liberarla del peso; entonces mi mujer, después de un prolongado suspiro de satisfacción exclamó: *Qué alivio y qué alegría más grande la de quitarme de encima de esta carga.* Pues que sepas Concha —le respondí— que el yeso que el doctor ha tirado en ese cubo, era lo único duro que había en nuestra cama.